

Jesucristo, verdad y mediador

Emmanuel Buch

Pastor evangélico.

Esta sociedad postmoderna se edifica sobre el supuesto valor del respeto absoluto a la pluralidad de opiniones. Es hija de Nietzsche: no hay verdad sino apariencias, no hay conceptos sino metáforas. Su lema es que todas las opiniones son igualmente respetables. Pero más al fondo de solemnes declaraciones lo cierto es que la igualdad de valor en las opiniones exige la renuncia a la verdad, a un concepto *fuerte* de verdad. La reivindicación de una verdad vigorosa, recia, que llama mentira a su reverso, se percibe como una agresión intolerante. Alejandro Gándara lo ha resumido con ironía: «Si tienes un pensamiento, escóndelo: no intimides.»¹

¿Qué significa ser cristiano en este contexto cultural? ¿Qué es el Evangelio de Jesucristo, una vez desprovisto de su íntima convicción de ser la verdad de Dios para con todos los hombres? En Europa estamos viviendo las consecuencias lamentables de un Evangelio que se vive y se presenta con la debilidad propia de este tiempo postmoderno, sin fuerza interna, que se desploma al menor contratiempo, avergonzado de sí mismo y de la acusación de ser «medieval», y que ha traicionado a aquel que dice de sí mismo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Jn. 14, 6)

Si Jesús no fuera quien dijo ser algunos piensan que todavía se podría rescatar del Evangelio una cierta moral, cierta cultura pero en definitiva la fe no sería más que «sueños de hombres enfermos» (D. Hume). Por el contrario, si lo que dice Jesucristo de sí mismo es cierto, entonces lo sobrenatural se nos ha acercado; entonces

nada menos que el Reino de Dios ha llegado a nosotros (Mt. 12, 28). Jesús no miente, Jesús de Nazaret es *Emmanuel*, «Dios con nosotros». Él, y sólo Él, es el *logos* de Dios. La apuesta es fuerte, y Jesús mismo impide cualquier equívoco: «El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.» (Mt. 12, 30). Esa rotundidad impactó en sus oyentes: «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (Jn. 7, 46).

El Evangelio insiste con más vigor y más rotundidad que cualquier ideología humana en que las personas merecen sumo respeto. Todas. Siempre. En cualquier caso. Sus derechos son inviolables porque son «imagen de Dios» (Gén. 1, 26). De ahí el derecho a la libertad individual en todas sus expresiones. Pero la respetabilidad de las opiniones debe pasar por la criba de la búsqueda de la verdad. Y así resulta que no todas las opiniones valen lo mismo ni merecen el mismo crédito. Identificar personas y opiniones para exigir la misma dignidad a unas y otras es un juego tramposo y las declaraciones del Evangelio lo hace imposible. De Jesucristo decía Emmanuel Mounier que era «tierno con las personas pero implacable con las ideas».

El Evangelio es el anuncio de *Emmanuel*, el Dios encarnado. «El cristianismo es esencialmente una religión histórica, basada en la afirmación de que la encarnación de Dios en Jesucristo fue un evento histórico que tuvo lugar en Palestina cuando Augusto era emperador de Roma. Si esta historicidad pudiera ser refutada, el cristianismo sería destruido.»² Las palabras anteriores corresponden a un teólogo anglicano evangélico, pero hallamos la misma rotundidad en otro teólogo, luterano y erudito: «La extrema vulnerabilidad de la fe cris-

tiana en comparación con otras religiones radica precisamente en que está fundada en esa persona histórica [Jesús de Nazaret], y no en su doctrina o en cualquier otra cosa que pudiese ser separada de ella. (...) aquello que diferencia la religión cristiana de todas las restantes religiones (...): que está fundada sobre unos sucesos históricos, sobre una figura histórica.»³

Según el viejo lema: «El cristianismo es Cristo» y esto le da su carácter de exclusividad. Pero la tentación permanente de difuminar los perfiles hace de Jesucristo pretexto para cualquier clase de ideología, de filosofía, o incluso de patología religiosa así que es preciso preguntar, además, de qué Cristo hablamos. Y así se pronuncia un reconocido teólogo bautista: «El único Cristo que vive es el “Mesías crucificado” proclamado por los apóstoles en términos de una tradición autorizada en la cual permanecen unidos tanto los eventos históricos como su significado teológico. No hay ninguna alternativa. O bien el Cristianismo apostólico, con un Cristo interpretado por los apóstoles, el Cristo resucitado quien, como Señor exaltado, permanece crucificado; o por el contrario un Cristianismo místico, con un Cristo imaginario. O bien la “palabra de la cruz” que predicaban los apóstoles, el poder de Dios para los que se salvan (1.ª Cor. 1, 18); o por el contrario un misticismo incommunicable, un “Cristianismo gaseoso” (como decía Kierkegaard) que no tiene poder para salvar.»⁴

Sí, éste es el «escándalo de la particularidad de Cristo».⁵ Pero ésa es la

1. Alejandro Gándara: «Texto abierto, cabeza hueca», *Blanco y Negro Cultural*, Madrid, 2 de noviembre de 2002.

2. John Stott: *The contemporary Christian*, Leicester, Inter-Varsity Press, 1992, pág. 308.

3. Wolfhart Pannenberg: *La fe de los apóstoles*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1975, pág. 61.

4. C. René Padilla: «La palabra de Dios y las palabras humanas», *Pensamiento Cristiano*, núm. 100, 1984.

5. Michael Green: *La evangelización en la iglesia primitiva*, Buenos Aires, Nueva Creación, 1997, pág. 436.

esencia del Evangelio, sin la cual se desploma y queda en nada. «Por muy incómoda que nos resulte esta confesión de que Dios ha declarado su Palabra final en un evento histórico particular, no podemos tomarnos la libertad de suavizar o moderar esta afirmación básica del cristianismo del Nuevo Testamento en aras del pluralismo religioso. Nos guste o no, el carácter absoluto de Jesucristo es esencial para la fe cristiana. Negarlo en cualquier forma convierte al Cristianismo en algo diferente del Cristianismo apostólico.»⁶ Él es la verdad: «En Jesús de Nazaret Dios tomó la naturaleza humana una vez y por todo y para siempre; que Su encarnación en Jesús fue decisiva, permanente e irrepetible, el momento decisivo de la historia humana y el principio de una nueva era».⁷

La verdad sublime y misteriosa del «Dios con nosotros», encarnado para nuestra salvación, aparece expresada repetidas veces en el Nuevo Testamento, y en la versión de 1.^a Tim. 2, 5 gira en torno a la idea de Jesucristo como Mediador. Emil Brunner, teólogo reformado, tituló su cristología precisamente así: *El Mediador*, y la subtítulo: «Un estudio de la doctrina central de la fe cristiana». Cristo-Mediador significa que Él vino para destruir la separación entre Dios y los hombres, pero no sólo cumpliendo una función arbitral. «No es sólo alguien entre Dios y el hombre, lo que es una idea gnóstica refutada en el Nuevo Testamento (Jn. 1, 1-18; Col. 2, 9). En él Dios y el hombre se encuentran directamente. En Cristo, Dios viene al hombre personal y directamente (Jn. 14, 8ss; 20, 28; 2.^a Cor. 5, 19) porque él es Emmanuel, “Dios con nosotros” (Mt. 1, 23). Es un verdadero hombre, no un Cristo docetista o gnóstico y en él el hom-

bre es llevado hasta la misma presencia de Dios (Heb. 10, 19ss).»⁸

Cristo como Mediador nos introduce no sólo en lo sobrenatural sino en las «escandalosas» ideas de la cruz, del pecado, de la culpa, y del perdón. «Si la Cruz realmente significa el trato de Dios con la humanidad, entonces no la podemos interpretar de otro modo sino en el sentido de la doctrina de la expiación sustitutoria.»⁹ Cristo es Mediador para nuestro «rescate». Su sacrificio es la única base adecuada para entender qué significa nuestra culpa, y qué significa el amor de Dios. Todo lo demás es especulación y retórica: «la fe en el Mediador, es el signo de la fe cristiana.»¹⁰ El cumplimiento perfecto de ese rescate en todas sus dimensiones pertenece al futuro escatológico (Ef. 4, 30). Pero comenzamos a vivir los frutos de esa redención en el presente. Ese es el llamado de Cristo, y es la verdadera evidencia de la realidad y el poder de Su expiación en nuestras vidas (1.^a P. 1, 14-19). Por eso decimos que Cristo no es religión, ideología, sino vida: vida nueva (Jn. 3, 3), vida abundante (Jn. 10, 10), vida eterna (Jn. 5, 24).

8. Frank Stagg: *Teología del Nuevo Testamento*, El Paso, Casa Bautista de Publicaciones, 1976, pág. 82.

9. Emil Brunner: *The Mediator*, London, Lutterworth Press, 1952, pág. 503.

10. Emil Brunner: *Op. cit.*, pág. 507.

6. C. René Padilla: *Op. cit.*

7. John Stott: *Op. cit.*, pág. 309.